

*“Sigue imperando el mito de la sexualidad vaginal con todas sus consecuencias”*

## “Sexualidad y roles”

Lola Callejón Acien

(ASAMBLEA DE MUJERES DE GRANADA)

escribir sobre “sexualidad” como tema monográfico puede llevar a hacer un análisis parcializado, y no analizador de la realidad. Por do, como indica Sacra-  
Martí y Angel Pestaña en su “Sexo, naturaleza, y poder”: el problema estriba en que la sexualidad, no es, en ninguna civilización, un sujeto “neutro”, de que ya sea considerado o “medio de liberación”, hay una referencia ética, política o cultural que interviene en su evaluación”.

En la sociedad (esta sociedad), se materializan las profundidades de nuestra forma de percibir, actuar, etc. Es difícil pues, escasas conceptualizaciones patriarcales y androcéntricas. Yo soy consciente de estas dos cosas, intentaré entrar en el tema de la forma más adecuada o posible.

En nuestro entorno, al mirar a nuestra sociedad descubrimos una sociedad dividida en dos “seres” distintos, comportamientos claramente diferenciados, con mundos de valores y prohibidamente superpuestos.

Los papeles o roles, se nos imponen como “naturales” desde la primera toma de conciencia de la realidad. Quizá, en este hecho, tengamos que mirar a la división del trabajo y a la división de los sexos, y su evolución a través de la historia, en estos días.

Los papeles impregnan nuestra vida, habiendo multitud de roles sociales que ayudan a definir dichos tópicos o dog-

mas; medios de comunicación (mujer presentada como elemento erótico, elemento llamativo y de reclamo para el varón); la familia (en su seno se hace una reproducción perfecta de la mujer-ama de casa-espacio privado-no realización, y el hombre-pater-omnipotente-espacio público-realización personal-triunfo)...

En tal contexto, las mujeres, no sólo quedamos alejadas de cualquier protagonismo y de decidir sobre nosotras mismas, sino que además “somos” en tanto que nos relacionamos con el “otro”; esto es, vivimos inmersas en una sociedad masculina y heterosexual que nos obliga a elegir nuestras relaciones de forma impuesta y, en absoluto, libremente.

Las presiones sociales nos hacen, por tanto, seres heterosexuales en lugar de seres sexuales. Ello significa que sigue imperando el mito de la sexualidad vaginal con todas sus consecuencias: abortos, embarazos no deseados, métodos anticonceptivos que alteran seriamente la fisiología de las mujeres, orgasmos no alcanzados, con sus consiguientes frustraciones y miserias psicológicas etc...

Cuestionarse, pues, la sexualidad que practicamos; es plantearnos una modificación real de los valores sociales. Es elevar nuestra voz como “seres sexuales”, con una sexualidad específica que no significa necesariamente ni reproducción, ni placer vaginal. Es cuestionar la “norma hetero” como forma opresiva e impuesta de relacionarnos y reivindicar el derecho al placer en sus múltiples modalidades: autoerotismo, homosexualidad...

Significa “pensarnos” a nosotras mismas como personas y no pensarnos como “una actitud, un temperamento, o un estereotipo”, prefijados, por otro lado, socialmente y no biológicamente.

Significa tener un conocimiento más amplio de nuestro cuerpo, ya que, en torno a él, se erige toda una política de poder basada, indudablemente, en una desinformación, beneficiándose de dicha ignorancia. Así pueden aparecer desequilibrios corporales-mentales a los que se les intenta dar explicaciones mágico-deterministas, en lugar de interpretarlos como una respuesta del cuerpo a una “no buena” relación con él. A esta situación con-

tribuye la existencia de una medicina impregnada de toda la ideología patriarcal-capitalista dominante, que no informa, más bien desinforma a las mujeres sobre ellas mismas y, a los hombres, sobre aquellos. Prueba de ello quizá sea el hecho de que la medicina atiborró a las mujeres con todos sus anticonceptivos investigados (femeninos), utilizándolas como “conejiillos de indias” y sin informar seriamente sobre sus repercusiones y sus contras. Poco se han investigado, hasta ahora, los anticonceptivos masculinos.

¿Al servicio de quién está la medicina, sino al de una sociedad claramente heterosexual, patriarcal, masculina? Habría, entonces, que preguntarse: “¿nos liberamos más las mujeres utilizando métodos de anticoncepción que nos someten de nuevo a la “norma hetero”, y que nos perjudican de forma considerable corporalmente? ¿No son, estos, el reflejo de un tipo muy concreto de relaciones, que no tienen por qué ser “las relaciones” sexuales?”

**P**or todo esto el cuerpo femenino -la sexualidad femenina-, es esencialmente desconocida, y nos corresponde a nosotras desmitificar tales tabúes, ya que sólo así podremos sentirnos como seres libres y autónomos en nuestras relaciones.

Pero para “pensarnos” como seres libres y autónomos en nuestras relaciones, es imprescindible -como decía- ir más allá en el sentido de una “revolución” profunda de esta sociedad patriarcal; así como del papel que desempeñamos en ella las mujeres.